

de Cuenca, y Jorge Calandro tuvo una cátedra de derecho canónico en la sapiencia de Roma (1).

Aquiles Estazo, Juan Vaz de la Motá, Manuel Constantino, Martín Suarez de Acuña, Gerónimo Cardoso y otros muchos ilustraron con sus trabajos la época en que se trasladó á Coimbra la universidad de Lisboa, novedad en la cual influyeron el maestro D. Damian, Canónigo regular de San Agustín, y Fr. Francisco de Osuna (2).

«El Dominico Fr. Tomás de Sousa predicó con mucho celo y piedad, correspondiendo á la buena educacion que habia recibido en el claustro desde el año de 1547. Juan Metelo escribe al Obispo Osorio, ocupado dignamente en enseñar su rebaño en las materias importantes de la salvacion (3). Juan Barro, ofreciendo á Duarte Resende la *Mercancia espiritual*, y sa-

(1) Véase la *Biblioteca Lusitana*.

(2) El establecimiento de la universidad en Coimbra tuvo lugar el año 1537. He aquí lo que el sábio Fr. Heitor Pinto dice á este propósito en la segunda parte de sus *Diálogos*: «Nunca hubo tantos letrados, ni tan excelentes como en tiempo del rey D. Juan el III de este nombre, que hizo la universidad de Coimbra, una de las principales de toda la Europa, y trajo para ella los principales maestros y letrados que habia en el mundo. No se contentó solo con los que habia en su reino, pues mandó además de ellos venir otros de Salamanca, Alcalá, París, Bourdeus, Flandes, Italia y Alemania. Finalmente, llenó la universidad de las mejores y mas insignes letras en todas las facultades que habia en su tiempo: ennobleció su reino de todo género de buenas artes y ciencias, é hizo una rica feria universal de todas las doctrinas mas excelentes. Andando así revuelto el mundo en guerra y tumultos, hicieron las artes y las buenas letras de sus bravas ondas y crueles tempestades, y vinieron todas á recogerse en el quieto, remanso y pacífico abrigo de este reino, donde habiendo llegado cansadas y como muertas, cobraron aliento, recibieron sangre y vida, fueron hooradas, favorecidas y colocadas en la cumbre de su dignidad.»

(3) Estas son sus palabras escribiendo de los Obispos Osorio y Antonio Agustín, en el prefacio á los libros de *Reb. Emmanuel*, fól. 50:

tisfaciendo al reparo de que no le correspondia ser predicador de las verdades, concede haber en el reino muchos que desempeñaban esta obligacion (4). El Padre Fr. Luis de Granada dá un testimonio de la grande edificacion de los predicadores, que el infante Cardenal D. Enrique habilitaba en su seminario, para enseñar sus ovejas antes de la introduccion de los Jesuitas (2). El Padre Azambuja habia elogiado, antes que Granada, los grandes efectos de este celo en aquel Prelado. Vasco desde Salamanca lo recomendó por esto con especialidad (3).»

D. FR. BARTOLOMÉ DE LOS MÁRTIRES. Fr. Luis de Granada, Fr. Luis de Cacegas, Fr. Luis de Sausa, D. Rodrigo de Cuña, Arzobispo de Braga y de Lisboa, y por último, Luis Muñoz, han escrito, sin contar otros autores menos notables, la vida de este Prelado insigne, ornamento de la Iglesia y uno de los oradores mas notables de la época que nos ocupa. Nació en Lisboa en el año 1514; y despues de haber dado á conocer su vocacion para el claustro, tomó el hábito el dia 20 de Noviembre del año 1529 en el convento del orden de Santo Domingo, distinguiéndose desde luego por sus virtudes y amor á la soledad.

Conociendo los superiores de Fr. Bartolomé las especiali-

«*Vos itaque Sanctis ad Deum orationibus pro salute Reipubl.... Quis enim neseit officium omnes Episcopi.... et in Sanctis habendis de Dei cultu....*»

(1) «Hay muchos en el tiempo presente que dan el pasto espiritual necesario,» pág. 5, edic. de 1552.

(2) En la dedicatoria de los sermones de *Tempore Olisip.*, 1575, *Olim quippe cum Evorensis Ecclesie.*

(3) En la dedicatoria de los comentarios sobre el *Pentateuco concionatores etiam eximios ad civitates, et oppida verbo. . .*

simas dotes que le adornaban para ejercer el ministerio de la enseñanza, le designaron para predicador apostólico, empleo que el fervoroso religioso llenó con gran fruto de los fieles, que acudían presurosos de todas partes para oír su palabra; dando á conocer, según dice Fr. Luis de Granada, que se había hecho discípulo de Jesucristo antes de ser maestro de los hombres, y que no olvidó jamás que para poder lucir útilmente é iluminar á los otros con palabras de verdad, es menester arder en el amor de Dios y en el celo por la salud de las almas.

A la edad de cuarenta y cinco años fué consagrado Arzobispo de Braga, siendo recibido con grandes muestras de regocijo en la ciudad el día 4 de Octubre de 1559.

No abandonó el V. Prelado su habitual costumbre de predicar al pueblo al ser elevado á tan alta dignidad; antes bien sabiendo que el Obispo ha de ser, no solo ministro, sino imágen de Jesucristo, y que por esta razón San Pablo les llama *padres, madres y nodrizas* de sus hijos, trabajaba sin cesar en cultivar la viña que se le había confiado, á pesar de su humilde resistencia.

Desde luego estableció la costumbre de predicar los días festivos, los domingos de Adviento y la Cuaresma, distinguiéndose muy particularmente por su ternura y fervoroso misticismo. «Como no había en sus designios, dice un crítico admirador del Arzobispo de Braga, cosa baja ni terrenal, tampoco había cosa estudiada ni afectada en lo que decía. Todo era grave, juicioso y sólido, todo útil y provechoso, todo oportuno y conforme á la magestad del alto ministerio que desempeñaba.»

Persuadido Fr. Bartolomé de los Mártires que un predi-

gador habla con tanta mas ó menos sabiduría, según dice San Agustín, cuanto está mas ó menos aventajado en el amor y en la inteligencia de la Escritura, este fué su estudio constante y ocupación habitual; en cuanto á su elocuencia, todos sus panegiristas convienen en que era muy parecida á la de San Bernardo, á quien se propuso por modelo; y semejante á la *tórtola, que mas gime que canta*, jamás pensó en agradar y hacerse aplaudir, sino en herir el corazón de sus oyentes y moverles á contrición.

Antes de subir al púlpito hacía oración, y de este modo el Señor bendecía sus discursos y los hacía utilísimos en bien de los asistentes que le oían con respeto, porque sabían que su lengua era el intérprete fiel de sus sentimientos, y sus acciones el testimonio de sus palabras.

¡Cuán alta, cuán sublime es la misión del Prelado que dirige al pueblo su voz! Súpola llenar cumplidamente Fray Bartolomé de los Mártires, y no fué este el menor de los timbres de su gloria. En la asamblea santa de Trento, el Arzobispo de Braga se distinguió de un modo notable, á mas de otros célebres portugueses, por su saber y su elocuencia: Felipe II lo reverenció mucho á su vuelta del concilio, y restituido á su Iglesia fundó un seminario conforme á las ordenanzas del Tridentino, y combatió sin tregua ni descanso á los enemigos de la religión y de la Iglesia. El día 16 de Julio del año 1590 murió este orador esclarecido, reverenciado y querido de todos por sus relevantes cualidades y sus virtudes.

Los historiadores todos dan abundantes noticias acerca de los predicadores apostólicos que desde el reinado de Don Juan I predicaron á los infieles el Evangelio y sus máxi-

mas. ¿Qué region del Asia, Africa y América, descubierta por los portugueses, no esperimentó la ilustracion sobre la verdadera creencia? ¿Con cuánta razon encarece Resende la dignidad y el celo de tanto número de obreros infatigables de la verdad?

La decadencia general, de que hemos de ocuparnos mas adelante, se hizo extensiva á Portugal: los predicadores notables se cuentan hasta la declinacion del siglo XVI: Osorio, Castillo Blanco, Fr. Felipe de Luz y Galvan, cierran el período á que nos propusimos llegar en este momento. «Dos usos diferentes, dice el Obispo de Beja, tuvieron los oradores de esta época, aun dentro de la gravedad oratoria. Uno fué decir en los asuntos lo que con respecto á ellos dejaron escrito los Santos Padres: el otro consistia en discurrir á fuerza de raciocinio. El ejercicio de cualquiera de estos dos métodos puede ser defectuoso. Entregada una alma á sí propia, si está desnuda de las luces de la materia y de las maneras con que es tratada por buenos autores, no solo espresará con rudeza sus conceptos, sino que estos serán siempre acertados. En el sistema de predicar ligado á muchas autoridades, hay otro riesgo: si falta la gracia de saberlas unir y de variar los tropos y regular las transacciones, puede ser verdad lo que se profiere, pero desagrada por lo insípido.» No debemos de comprender en estos defectos á los célebres predicadores de quienes se ha hablado. Tambien hubo otros que se ligaron á la simplicidad, ó no tuvieron la paciencia de fecundar los asuntos con aquellos ornatos que hacen gustosas las doctrinas. El P. Fr. Luis de Granada lo dice espresamente, pero no atribuye á los oradores de su tiempo los caprichos de que usaron los predicadores del siglo siguiente.

CAPITULO IV.

Siglo de Luis XIV. — Mascaron. — Fléchier. — BOSSUET. — Noticias sobre la vida de Bossuet. — Sermones de Bossuet. — Oraciones fúnebres de Bossuet: exámen y juicio crítico.

La Francia, en medio de sus extravíos, de sus conquistas, del lujo y las disipaciones de la córte, nos ofrece en el reinado de Luis XIV una de las épocas mas célebres en la historia de la palabra cristiana, comparada por muchos á la edad de oro de la Elocuencia sagrada, al siglo de los Santos Padres, y digna en efecto de los mayores encomios y de un estudio detenido por parte de la juventud.

Accion de gracias debemos comenzar tributando al Altísimo por sus bondades: allí donde ha sido necesario un héroe, un mártir, un apologista, un orador, allí han nacido y brotado, cual plantas privilegiadas, séres de vocacion perfecta, de entusiasmo, de valor, de fé siacera, de palabra ardiente, de virtud acrisolada; allí donde la Iglesia ha sido combatida, donde se ha predicado el error y la mentira, donde las creencias han sufrido menoscabo, allí se han publicado obras, se han dado ejemplos, se han ofrecido acciones dignas de ser imitadas; allí, en fin, donde el orgulloso ha menospreciado al humil-